



De la proliferación sonora

o de cómo aprendí a amar las redes P2P

Llamil Mena Brito

ACLARO, SIN ÁNIMOS DE GENERAR UNA CONTROVERSA que resultaría desconocida para usted, que ésta es la segunda vuelta a un texto escrito hace un mes. Digamos una segunda entrega, cuyo título y un par de párrafos permanecen intactos, pero que tuvo que adoptar un nuevo giro a partir de una conversación con el jefe de redacción de esta publicación.

¿Por qué es importante para usted que haga ésta justificación? Pues bueno, debo decir que al colgar el teléfono con mi jefe, de inmediato pude percatarme que la problemática sobre la proliferación sonora, el intercambio musical y el respeto a los derechos de autor es un tema mucho más complejo e importante como para sólo llevarlo por la senda de la experiencia biográfica, forma que había adoptado en la primera relación de este artículo.

Pongo un poco más de orden. Este nuevo artículo, como el anterior, es una reflexión a partir del libro de Antulio Sánchez *MP3, Internet y fin de los discos compactos*, que despertó en mi una identificación muy personal al ser yo un activo consumidor de música y pertenecer a una generación que hizo de la descarga ilegal (y legal) de música, *el* modo de conocer, escuchar e interactuar con la cultura musical.

Puedo conceder que hay mucho de irresponsable en una postura crítica que admita el consumo ilegal de un producto con derechos de autor y

hable de él desde una perspectiva de “enamoramamiento”; pero, como siempre, la realidad rebasa a las buenas intenciones, o en este caso a la ética, y nos deja ver, como claramente expone Sánchez, que el fenómeno de Internet y la música es un problema muy agudo que ha logrado transmutar y cambiar por completo la cultura y mentalidad de los consumidores, pero también, y de forma aún más significativa, la de los músicos.

Descanso este texto un poco sobre mi experiencia. Me considero un usuario muy activo de Internet, de hecho, más de lo que me gustaría; sin embargo, difícilmente estoy al tanto de las innovaciones que se generan y mucho menos me comprometo con actualizar las herramientas que me lleven por la torrencial evolución programática. La realidad es que soy como un turista que se da por bien servido al conocer las más vistosas atracciones y poseer lo más representativo y funcional de este país virtual. Gozo y padezco, a fin de cuentas: viaje. Y debo decir contundentemente que mi lugar favorito es el museo musical.

Tengo 26 años viviendo inmerso en un derroche de sonidos, y no ha pasado desapercibido para mí el camino de este recurso que hoy sacia mi gula, un camino paradójicamente contemporáneo al de mi vida. No debo dejar de insistir en mi edad: tenía yo 16 años cuando Napster tuvo su auge, y en mi poder adquisitivo, por más que deseara, no cabía el comprar CD. Por ello poseo una cierta autoridad para decir que he vivido a plenitud la transferencia musical gratuita (y también la pagada). Nunca he comprado un disco pirata, pero sin vergüenza confieso haber bajado discografías completas de bandas a las que jamás hubiera podido tener acceso de no haber sido por Internet.

Soy un ejemplo viviente de la generación a la cual Antulio Sánchez alude, pero que sobre todo disecciona a partir de lo que para nosotros siempre fue invisible, o más bien, dado por sentado: el proceso tecnológico, burocrático y social de la transferencia vía Internet de música.

He ahí mi argumento: finalmente, y sin ser indiferente a la crisis que la descarga de audio genera sobre los derechos de autor, es la música lo que relaciona cada una de las fascinantes partes de este fenómeno.

Por fortuna, no existen reglas fijas para determinar cuándo ha llegado el momento de historiar un proceso;

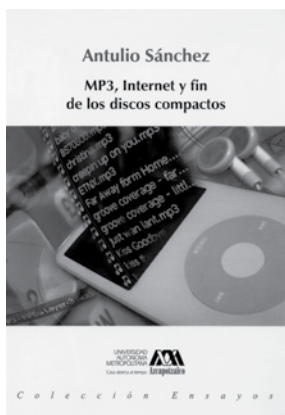
generalmente, el mismo medio o su evolución determinan su propio estudio. La velocidad con la que Internet y la proliferación musical han mutado a la sociedad hace que los análisis se conviertan en estudios de caso, muy pronto superados por una novedad que modifica diametralmente al tema anterior. Pero no por ello es iluso ni poco trascendente comprender la historicidad de éstos que hoy ya son claros vestigios de una voraz evolución tecnológica y cultural.

El libro *MP3, Internet y fin de los discos compactos* es un trabajo impecablemente documentado del efecto desencadenado por Internet en el terreno musical, que además de hacer la construcción del proceso tecnológico de los formatos digitales en la red aporta un relevante debate respecto a las consecuencias culturales de este fenómeno y su futuro, que corre y se manifiesta como una revolución descomunal.

Y es que podemos deducir que no se trata tan sólo de poseer, adquirir, lucrar, intercambiar y dar a conocer toda la música a todo el mundo. El impacto que ha tenido en las generaciones que al presente dan por sentada la descarga musical no es proporcional a las modificaciones que se han tenido que generar en la tradicional industria musical que hoy, junto con los nuevos músicos indiferentes a ella, busca formas de acaparar a un auditorio abstracto en un contacto asimétrico con los ritos del joven oyente.

Antes hice una plena confesión de mis filias y sorpresas generadas a partir de mi interacción con Internet





Antulio Sánchez
MP3, Internet y fin de los discos compactos
México, UAM-Azcapotzalco
2009, 256 pp.

y el libro que reseño. Y es que el sujeto es sin duda algo fascinante: su virtualidad, sus necesidades insaciables, que pienso no son producto del Internet. Siempre ha estado en el ego de cualquier melómano la necesidad de demostrarle al mundo su capacidad de compilar música y acaparar conocimiento sobre el tema para después distribuirlo en forma de identidad colectiva. Las redes sociales entendieron este primitivo narcisismo, y con ello la necesidad de los melómanos por dar a conocer su conocimiento y capacidad de crítica, y los explotaron de una forma comercial aparentemente discreta, pero profundamente redituable. Es un proceso que ha logrado extender la adolescencia de muchos y postergar así nuestro contacto con un mundo adulto donde el presupuesto sigue impidiéndonos adquirir discos.

Muchos de nosotros entendimos —ahora hablo de mi generación— por primera vez que la descarga gratuita de canciones era un problema externo a nuestras recámaras cuando Metallica atacó de forma frontal a nuestro santuario Napster; éste fue el primer contacto de las palabras *Internet, música e ilegal*. Un baño de agua fría que pronto, muy pronto se mitigó con la aparición de nuevas posibilidades para seguir consiguiendo música sin pagar dinero que no teníamos. Hasta ese momento entendimos que, una vez más, una

autoridad iba a detentar un poder sobre una libertad, y tan sólo lo entendimos así: queríamos música y alguien más estaba interesado en dinero. Con el tiempo y el libre flujo de la música por nuestras computadoras llegó el día en que otros músicos igualmente importantes nos dijeron: “Tengan mi disco, paguen lo que quieran por él y, si no quieren pagar, no lo hagan, igualmente es suyo y es legal”. Ya habíamos crecido, ya habíamos entendido que algo muy grande significaba Internet, y Radiohead le dio un vuelco a algo que en sí no importaba demasiado en nuestra cultura, pero para los que detentaban el poder del comercio musical sí. Los músicos también tomaban una postura ante este problema, en este caso mucho más liberal. En medio quedan (y siguen estando) aquellos músicos que piensan apenas en dar a conocer lo que hacen y algún día obtener regalías. Pero el punto es que la revolución musical ya está asentada en cada hogar que tiene una computadora y una conexión. Por eso queda todo aquello de lo que el libro de Antulio Sánchez analiza puntualmente: el proceso, la terminología, la elucubración de un futuro sin discos compactos y las nuevas regulaciones jurídicas adquieren un matiz distinto al momento de pensar históricamente este camino: ahora más que nunca somos conscientes de una evolución y de sus posibilidades, y cada uno de sus actores fundamenta un futuro en el que la regulación y las ganancias, por parte de todos, no podrá dejar de contemplar a una generación que musicalmente nació muy libre.

Al final del día, Internet es este universo abierto, descentralizado y renuente de cualquier autoridad. Compartimos música, conocemos lo antes inaccesible, y eso no puede dejar de ser algo románticamente rebelde. Enajenados, muchos siguen sobreviviendo plenamente su adolescencia, oscilando entre un odio a la música vigente en el gusto de ese momento y una identificación con la música del pasado. Buscando formas y conductos, no contemplando regulaciones y buscando enérgicamente no pagar por nada que puede ser gratuito. El problema es grande, por supuesto: como nunca somos tan libres, como nunca necesitamos pensar tanto en el futuro y sus posibilidades.

Estas líneas fueron tan sólo un guiño en este universo. Vuelvo, voy a actualizar el iTunes y a enterarme de qué va el *ping*. 🎧